

tuales análogas a las que yo he atravesado, y encontrará en este libro las confidencias de un hermano. Estas páginas pudieran llevar por título *Cómo se hace una vocación*.

Añadiré que las Memorias no deben ser estrechamente personales, y que su lectura debe dejar tras sí nociones de ciencia, de historia, de geografía y de todos los conocimientos humanos a que ha estado ligada la vida del narrador. Por otra parte, ¿no es esto una especie de cuadro preparado, un género de colección donde se pueden decir muchas que no se tiene la ocasión de referir en otra parte? Me entrego pues y... empiezo mi relato sin más largo preámbulo.

Paris, 1911.

I

Nacimiento. — Familia. — País. — Historia y geografía del distrito de Langres. — Los lingones y los romanos. — Orígenes romanos y borgoñones. — Mis antepasados de ocho generaciones. — La pretendida herencia intelectual.

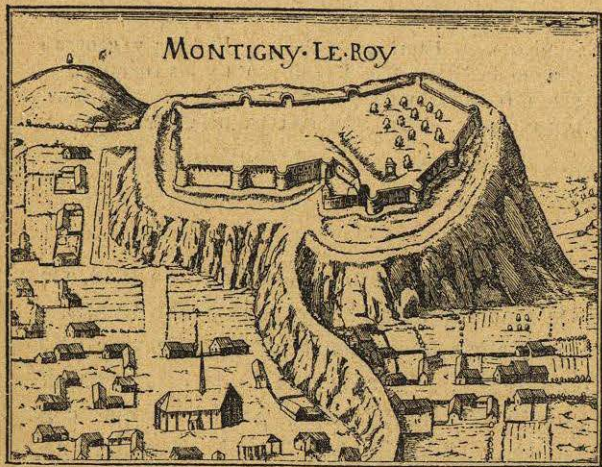
He nacido el sábado 26 de febrero de 1842, a la una de la mañana (los astrólogos han hecho ya sobre esta circunstancia temas genéticos), en la villa de Montigny-le-Roy, cabeza de partido de cantón del departamento del Haute-Marne, población que contaba entonces 1267 habitantes. Se ha hecho notar que esta fecha del año es la misma que la del nacimiento de Étienne Montgolfier (26 de febrero de 1744), de Francisco Arago (26 de febrero de 1786) y de Víctor Hugo (26 de febrero de 1802). La aerostación, la astronomía y la poesía son tres musas que me han encantado.

1842 : ¡Cómo se pasa el tiempo! Tengo a la vista el Anuario de mi departamento correspondiente a dicho año, y en cuya cabeza se lee : « FAMILIA REAL DE FRANCIA. LUIS FELIPE Iº, nacido en París el 6 de octubre de 1773; rey de los franceses el 9 de agosto de 1830 »; después una genealogía muy extensa que

parece asegurar la perennidad de la monarquía constitucional de Francia. ¡Qué serie de metamorfosis desde dicha época!

Y hasta quizás, este bonachón de Luis Felipe es aún más antiguo de lo que nos parece, puesto que había podido ver a Voltaire, muerto en 1778.

Cuando yo vine al mundo, mi bisabuela materna

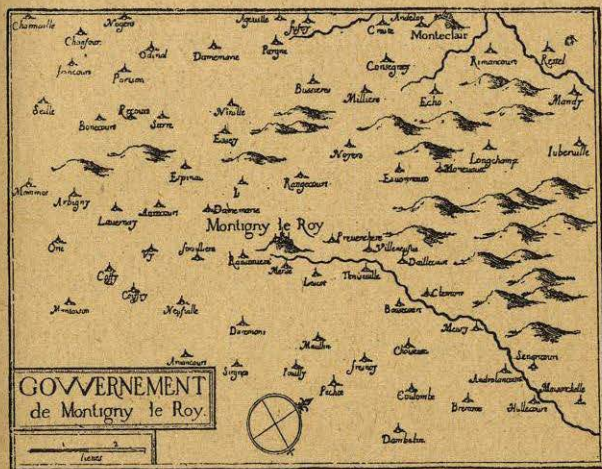


Montigny-le-Roi, según un grabado del año 1634.

vivía aún, con sus noventa y siete años de edad.

Montigny-le-Roi, de la circunscripción de Langres, ha seguido siendo un país un poco romano, como su cabeza de partido, capital de los lingones, cuya diócesis civil data de la administración romana. En Langres se pueden ver hoy todavía recuerdos de Constancio Cloro, de Marco Aurelio y de Sabinus; Julio César habitó Langres; los romanos son incomparablemente menos extranjeros en el país que nuestros vecinos los alemanes. Mi padre nació en una

granja que lleva el nombre de *Belfays*, cuya etimología se deriva de la palabra *fagi*, « las hayas » cantadas por Virgilio cuando dice : *Sub tegmine fagi*; el bosque de hayas se llama aún allí del « fayard » (de las hayas). Varios nombres de la comarca son de origen romano, y el mío es uno de ellos. El latín no se ha borrado completamente de la lengua local. Re-



Gobierno de Montigny-le-Roi, según un grabado de 1634.

uerdo haber oído en mi infancia la palabra *aujourd'hui* (hoy) pronunciada *hodie*, o cosa parecida, y, para decir « il n'y a personne » (no hay nadie), no hay *neme* (*nemo*). Los padres que quieren hacer callar a un niño revoltoso le dicen : « Coge te, coge te donc » expresión latina que ha quedado íntegra « cállate, estate quieto ». Se ha notado que mi tipo físico es romano. Por una rara coincidencia sucede que mi apellido también lo es. En Langres se pueden reconocer ciertos nombres de calles que siguen siendo

latinos; por ejemplo, la calle del Grand-Bie (*Bie, Vie, Via*, camino) y la calle del Petit-Bie. Una vía romana pasa por el territorio del mismo Montigny.

Cuando esta comarca (casi la circunscripción actual de Langres) dejó de ser romana, perteneció a la Borgoña. En el año 413, los burgundos se apoderaron del país de los lingones y fundaron en él el reino que desde entonces se llamó Borgoña. Gregorio de Tours dice que, en el momento en que Clodoveo amenazaba al reino de los borgoñones, el obispo de Langres, Aprunculo, sospechado de favorecer al rey franco, huyó a Auvernia para no ser inquietado. En el año 1178, vemos a Hugo III, duque de Borgoña y propietario del condado de Langres, hacer donación de él al obispo Gauthier. Dijon y Langres permanecieron siempre en buenas relaciones de amistad, mientras que, entre Langres y Chaumont existía rivalidad y casi antipatía. (Hasta tenemos sobre esta rivalidad toda una literatura bastante curiosa). La tierra de Montigny, aneja a la abadía de San Benigno de Dijon, pasó en 1237 a Thibaut, conde de la Champaña, rey de Navarra, y tomó el nombre de Montigny-le-Roi. También se vió al obispo de Langres, gran gobernador del país, hacer causa común con la Borgoña, en tiempos de Juana de Arco (1429), y después no someterse, con los burgueses, a Carlos VII, sino imponiéndole condiciones. Montigny se había separado de Langres y unido al rey. Hemos sido pues sucesivamente romanos, borgoñones y de la Champaña, de frontera discutible. El castillo, construido en 1239, sobre las ruinas de un oppidum romano, fué destruido en 1636, por orden de Richelieu. En tiempos de Francisco I y de Enrique IV, Montigny era el asiento de

un pequeño gobierno, como se puede ver en un atlas del año 1634, titulado *Plans et profils des principales villes de la province de Champagne*. Francisco I la visitó el 16 de agosto de 1521. Más adelante reproducimos una fotografía moderna que representa este hermoso promontorio dominador de las llanuras de Bassigny.

Teniendo Montigny-le-Roi, bajo la Revolución, una designación mal sonante, se le llamó Montigny-source-Meuse (Montigny fuente del Mosa). El río pasa a sus pies, por el pueblo de Provenchères, y toma su fuente a diez kilómetros al este, en Pouilly; el primer pueblo que baña lleva su nombre: *Mosa*.

Desde 1801 a 1822, la diócesis de Langres, que abrazaba el Alto Marne, fué agregada a la de la Côte d'Or, con sede en Dijon.

Tan lejos como he podido remontar en mi genealogía, se ve que toda ella es nativa del país y que no se encuentran en ella más que agricultores (1).

(1) En la época de mi nacimiento, mi padre y mi madre tenían un pequeño comercio de telas, mercería y objetos usuales, pero durante su infancia y su juventud, mi padre se dedicó siempre a las labores del campo: su padre era cultivador y el padre de mi madre viñador. Como curiosidad, he aquí la lista de mis antepasados paternos desde la época en que empezaron a llevarse registros comunales (bajo Luis XIII):

Ascendencia paterna:

Padre: Esteban Julio FLAMMARION, nacido en 1810, y muerto en 1891.

Abuelo: Juan Isidoro, nacido en 1777, y muerto en 1854.

Abuela: Josefina CHEMIN (1784-1854).

Bisabuelo: Juan Noël FLAMMARION, 1748-1806.

4º ascendiente: Juan, nacido en 1730.

5º — Claudio, nacido en 1707.

6º — Esteban, nacido en 1632.

7º — Claudio, nacido en 1634.

8º — Mateo, nacido en 1619.

Todavía los hay en los alrededores de Montigny (especialmente en la patriarcal familia Flammarion de Audeloncourt, que reina allí desde hace varios siglos).

Soy pues hijo de labradores y por consiguiente verdadero hijo de la naturaleza. En un artículo de biografía escrito sobre mí en 1866, por el juez de paz de Montigny, M. Lâpre, y publicado en los periódicos de Chaumont, el autor califica mi familia como que representa « la pequeña burguesía ». Esto es igualmente verdad. Mi padre y mi madre no se ocupaban ya de cultura sino en pequeñas propiedades personales, prados o campos que servían para el entretenimiento de la casa, y sus relaciones eran escogidas entre las notabilidades del lugar, tales como el cura, el alcalde, el médico, el institutor, el notario, el juez de paz y dos o tres familias de propietarios. Mi madre tenía más bien tendencias aristocráticas, y me prohibía jugar con los demás muchachos del pueblo.

Pensaba que su primogénito debía tener un destino intelectual especial y una gloriosa carrera. Era extre-

Todos agricultores en el territorio de Montigny ó del distrito municipal vecino, Récourt. En tiempos de Enrique IV, muerto en 1610, mi 9º ascendiente habitaba en este distrito municipal.

Ascendencia materna :

Madre : Francisca LOMON (1819-1905).

Abuelo : Nicolás LOMON, viñador y molinero (1791-1873).

Abuela : Margarita LOMON (1788-1877).

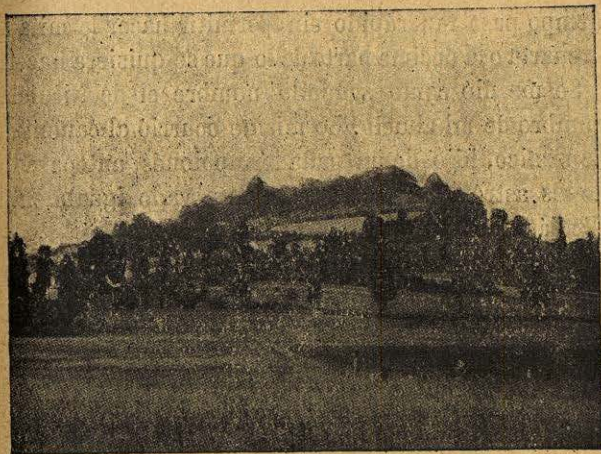
Bisabuelo : Francisco LOMON, propietario (1761-1830).

Bisabuela : Francisca AUBERT (1743-1844).

Tatarabuelo : José LOMON, escribano de la alta justicia y señoría de Illoud (siglo XVIII).

Todos propietarios sobre el territorio de Illoud, junto a Bourmont, a 24 kilómetros al norte de Montigny.

madamente cuidadosa de mi pequeño individuo y se esmeraba en verme siempre perfectamente limpio, física y moralmente. En la época de mi nacimiento



Emplazamiento actual del antiguo castillo de Montigny.

era una bella mujer de veintitrés años, pequeña, morena, admirablemente constituida y de una actividad infatigable. Mi padre tenía treinta y dos años y se mostraba igualmente dotado de una sólida constitución.

Soñ el hermano mayor de cuatro hijos cuyos nacimientos se sucedieron primero de dos en dos años : mi hermana, la señora Berta Martin, nacida en 1844; mi hermano Ernesto, nacido en 1846, y más tarde, mi segunda hermana, la señora María Vaillant, nacida en 1856 (1). Impaciente sin duda por venir al mundo,

(1) Las leyes francesas exigen que la mujer casada lleve el apellido del marido, desde el momento de contraer matrimonio (N. D. T.)

nací a los siete meses. Las circunstancias han querido que, desde aquel momento, se haya deslizado mi vida extremadamente de prisa, empujado siempre por los acontecimientos, y sintiendo a cada instante que el tiempo pase tan rápido sin permitir hacer la mitad, la cuarta o la décima parte de lo que se quisiera hacer.

Se me dió como segundo nombre el de Nicolás, nombre de mi abuelo. Lo mismo ocurrió al canónigo Copérnico, hijo de un panadero polonés, antepasado de los astrónomos modernos, nombrado igualmente Nicolás, que era el nombre de su abuelo.

Me parece que las afirmaciones de los fisiologistas relativas a la herencia intelectual no están justificadas, y, por mi parte, me es imposible adherirme a ellas, por ser yo una prueba viva de lo contrario. Llevando mis recuerdos a lo más lejos que me es posible, me veo estudiando, trabajando y buscando, sin haber podido jamás interesarme un solo instante en un fin material. Aprender, aprender sin cesar y por el solo placer de saber, ha sido siempre la pasión dominante de mi espíritu. A los cuatro años, sabía leer; a los cuatro años y medio, sabía escribir; a los cinco años aprendía la gramática y la aritmética; a los seis años, en fin, era el alumno más fuerte de mi clase. Había dos clases de escuela comunal: la pequeña, para los niños de cuatro a nueve años, y la grande para los niños de diez a quince años. A los seis años pues era yo el primero, y recibía una cruz de que me mostraba orgulloso.

En aquella época, no se conocían para escribir más que las plumas de ave, arrancadas de las alas de ésta, y que era preciso cortar por sí mismo, por medio de un buen cortaplumas. Después, la inven-

ción de las plumas de acero simplificó extremadamente los preliminares de la escritura y las plumas de ave desaparecieron casi por completo. Varios escritores las conservaron sin embargo por mucho tiempo: Victor Hugo, por ejemplo, continuó, según parece, sirviéndose siempre de ellas.

El institutor, « Monsieur le Maître », como se le llamaba, era un excelente hombre, alto, de bella presencia, con un tupé parecido al de Luis Felipe, y muy convencido de sus altas funciones. Secundado por un ayudante, dirigía las clases con cuidado y dignidad. En el facistol de la iglesia, era un sochantre perfecto; pero se traslucía cierta rivalidad entre él y el cura, porque se trataba de ver cuál de los dos dominaba al país, en lo cual le llevaba seguramente el cura la ventaja. Era sin embargo buen católico practicante, y uno de sus hijos llegó a ser fraile dominicano. El bueno de M. Crapelet había tomado mi diminuta persona en estima particular y no cesaba de hacer elogios de mí. Me siguió siendo muy adicto hasta el fin de sus días, ocurrido no hace mucho tiempo, a una edad muy avanzada. No habiéndole oído jurar desde mi infancia más que por *los cuarenta* de la Academia francesa, no comprendió jamás mi oposición perpetua a presentarme en dicho glorioso cenáculo. Cuando yo le respondía, hace unos veinte años, que, sin duda, amigos que pertenecían a esta célebre compañía, tales como Víctor Duruy, Henri Martin, Charles Blanc, Ernest Legouvé, Henri de Bornier, Victorien Sardou, etc., me lo habían propuesto, pero que yo no había jamás sentido el menor movimiento de ambición y que, en realidad, yo no tenía tiempo ni para hacer una sola visita a la Aca-

demia y que yo prefería trabajar, no admitía estas razones sino después de varios minutos de reflexión sobre mis perpetuos trabajos.

En el artículo que he citado anteriormente, el juez de paz de Montigny cuenta que el prefecto del Alto Marne, inspeccionando la escuela con los principales ediles, se vió sorprendido de ver que un niño pequeño de pelo rizado levantaba la mano a cada una de las cuestiones planteadas, para responder a ellas instantáneamente. Yo no me acuerdo de esto porque me pareció absolutamente natural obrar así, pero me acuerdo mucho de haber recibido un magnífico cartucho de confites que llevé a mi casa, sin haber cogido siquiera uno para probarlos.

Era el año 1848, fecha de mi primer viaje, y del que me acuerdo como si fuera ayer. Pero no anticipemos las cosas.

Decía pues que la herencia intelectual no me parecía demostrada y que me parece contraria a los hechos de observación. Mi hermano y mis dos hermanas no se parecen intelectualmente ni a mis padres ni a mí, y tienen diferentes aptitudes que las mías. Mis gustos astronómicos datan de siempre y, ni mi padre, ni mi madre, ni ninguno de mis antepasados manifestó jamás ninguna tendencia hacia el estudio de las ciencias o de la filosofía (1). Yo preguntaba sin

(1) Un amigo me regaló un librito titulado : « *Essais poétiques*, par ISIDORE FLAMMARION, artiste du second théâtre français, Paris, 1823. » Es una colección excesivamente interesante. He buscado en vano algún indicio que pueda hacer suponer un lazo cualquiera de parentesco entre el autor y mi familia. Sin embargo, su origen debe ser Montigny, porque todos los Flammarion cuyos ascendientes han podido encontrarse, remontan al mismo país. Algunas veces, una elisión, fácil de

cesar, para no obtener, por otra parte, sino respuestas insuficientes. Una de las primeras cuestiones que más me intrigaban era saber sobre qué reposaba la Tierra y, si no reposaba sobre ninguna cosa, por qué no caía. Sería imposible encontrar en ninguno de mis antepasados un estado de espíritu análogo. Mis padres, por otra parte, se mostraron siempre opuestos a la independencia de mi carácter, a mis sueños científicos y filosóficos, a mi desdén por las situaciones oficiales y a mi desinterés de la fortuna. Como padres cuidadosos del porvenir de sus hijos, razonaban justa y prácticamente. Pero la cuestión no era esta. No había semejanza entre nuestras almas, y esto era todo.

He tenido ocasión de hablar últimamente con un

explicar en las firmas antiguas, ha hecho suprimir una *m*, como en el caso del autor precedente y de mi sentido primo el doctor Alfredo Flammarion, miembro del Consejo general, muerto en Nogent hace algunos años y cuyo abuelo hacia esta supresión, que desde entonces siguió usándose en esta rama, con gran sentimiento del doctor que quería repararla, como lo dejó escrito, pero que, no teniendo hijos, quedó sin efecto.

A propósito del apellido de FLAMMARION, Lorédan Larchey, en su Diccionario de apellidos, le da por etimología galorromana : « *qui apporte la lumière* » (que lleva la luz). Por mi parte, me enorgullecería merecer esta etimología. Se ha imaginado algunas veces un origen completamente astronómico : *Flamma-Orion*, *Flamma-orionis*. Pero esto no es sino una pura fantasía.

En el siglo XVII se latinizaba todo. De aquí que Montigny se escribía *Mons Ignis*, *Montis ignei*, montaña de fuego. En efecto, señales de fuego, de que habla Julio César han podido ser transmitidas por estas alturas. Pero la terminación *gny* significa simplemente localidad. A propósito de este apellido de FLAMMARION, añadiré también que se ha pensado, dicho y escrito que yo había escogido en él un bien entendido seudónimo literario, pero claramente se ve que no hay nada de esto, pues es simplemente el apellido de mi padre.

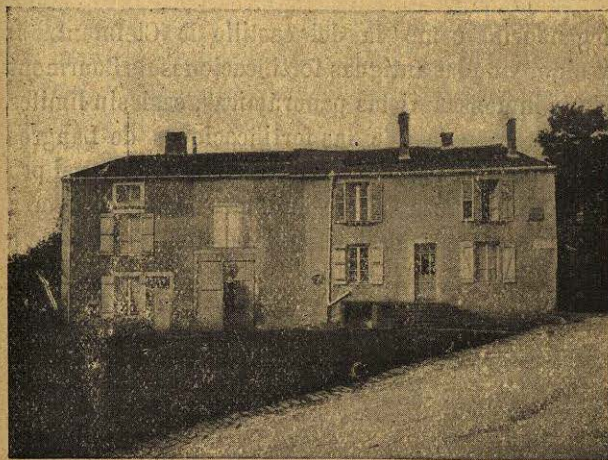
padre de familia que tiene cinco hijos : tres varones y dos hembras. Los observa con el más constante interés desde su nacimiento y observa que todos difieren radical y completamente los unos de los otros, por su carácter y por sus aptitudes. No existe semejanza de ningún género. Es absolutamente imposible explicar estas diferencias por la herencia. Los mismos padres, los mismos antepasados, el mismo medio y la misma educación, y, por tanto, diferencia absoluta de cada alma. (Este padre de familia es uno de mis cuñados. Podría citar otros ejemplos por cientos.)

La herencia intelectual no me parece de ninguna manera demostrada (1), no sucediendo lo mismo con respecto a la herencia física, que es indiscutible. Padres sanos y robustos dan un cerebro sano y bien constituido y colocan a sus hijos evidentemente en excelentes condiciones fisiológicas. Esta es, a mi parecer, la mejor herencia : una buena salud vale más que una gran fortuna.

El lugar de mi nacimiento puede haber ejercido alguna influencia sobre mis gustos. Este lugar es privilegiado bajo el punto de vista de las vastas contemplaciones. Situado a 435 metros de altura, en los límites de la meseta de Langres, Montigny domina, en medio de un aire puro y vivificante, las vastas llanuras del fértil Bassigny. La vista se extiende hasta

(1). Algunos ejemplos históricos entre mil : Margarita de Borgoña era nieta de San Luis; el sabio astrónomo Ulugh-Beg era nieto del monstruo Tamerlán; Kléper era hijo de un posadero; Shakespeare hijo de un carnicero; Laplace tenía por padre un pobre paisano; etc... Demóstenes era hijo de un herrero, Virgilio de un panadero, Horacio de un liberto y Molière de un tapicero.

los Vosgos y aun hasta los Alpes, porque el Mont-Blanc es desde allí a veces visible, a la distancia de 261 kilómetros. Esta visibilidad a una tal distancia es una de las más excepcionales sobre la Tierra entera. Se ve igualmente el gigante de los Alpes, desde Clefmont, al norte de Montigny, a 272 kilómetros de la alta cima, y a 478 metros de altura, así como



Casa natal del autor.

desde Langres; cuya altura es de 475 metros y la distancia de 249 kilómetros. El castillo de Montigny domina la altura del Mosa en más de cien metros.

La casa en que he nacido es una modesta construcción formada de un piso bajo y un primer piso orientada al levante. Desde las ventanas del primer piso, donde tenía la costumbre de estudiar mis lecciones después de las clases, la vista se extiende sobre la llanura del Mosa que se desliza como un humilde ría-

chuelo hacia Bourmont, Neufchâteau y la Lorena. Esta casa, en la que el ayuntamiento puso en 1891 una placa conmemorativa de mi nacimiento, dispensándome el honor de dar mi nombre a la calle que empieza allí, domina una pequeña plaza sobre la pendiente de la colina coronada antiguamente por el castillo. En mi niñez, un sendero que partía de nuestro jardín conducía a la cima de la montaña, de donde la vista es legendaria, como la del castillo de Clefmont, su vecino, y de las antiguas fortificaciones de Bourmont. Estas inmensas vistas panorámicas, casi sin límites, rivalizan con las de las fortificaciones de Langres. ¡Cuántas veces me he sentado al borde de aquel promontorio avanzado, aislándome de las conversaciones triviales, perdido en la contemplación de la inmensidad!

II

Primeros años. — Recuerdos astronómicos. — Dos eclipses de Sol. — Viaje a Borgoña. Tanlay, Saint-Vinnemer, el Canal de Borgoña, el Armançon. — La pesca de cangrejos. — El cura Collin. — Ayer y hoy. — El establecimiento de los ferrocarriles.

Entre mis más antiguos recuerdos de la infancia, debo citar dos espectáculos astronómicos, tan raros como imponentes, de que he tenido la satisfacción de ser testigo en los comienzos de mi vida : dos eclipses de Sol.

El primero fué el del 9 de octubre de 1847. Era anular a lo largo de una zona trazada desde el Havre a Colmar, pasando justamente por el Alto Marne, y se produjo por la mañana. Delante de nuestra casa, que, como he dicho, se hallaba vuelta hacia el este, mi madre había colocado un cubo de agua, y allí fué donde ella nos hizo observar el eclipse, como en un espejo. Digo « nosotros », porque éramos dos ; yo, el mayor, de cinco años y medio de edad, y mi hermana Bertá, que tenía entonces tres años ; así es que nuestras estaturas eran poco más o menos la de la altura del cubo de agua. El espectáculo de un eclipse